

Pequeña Biografía de Un Gran Maestro

Alfredo Barrera Narváez.

Don Salvador Cardenal Argüello, nacido en la Ciudad de León el 29 de Octubre de 1912, es, por voluntad de las causas que tejen y destejen el mundo de la historia, el maestro magnífico de música del pueblo nicaragüense. Sus padres fueron Don Julio Cardenal Argüello y su madre Doña Adela Argüello Cervantes.

Estudio y vivió en la ciudad de Granada hasta el año 1946, trasladándose luego con su familia a la ciudad de Managua donde trabajo con gran fervor y persistencia a través de los años por la cultura nicaragüense hasta el día de su muerte, el 1ro. de Septiembre de 1988 a los 76 años de edad a causa de un coma diabético. A los 18 años había contraído matrimonio con Ofelia Vargas Marengo de 16 años de edad; procreando 10 hijos, que vivieron con él la aventura de existir en el ámbito de la música, en los dos pequeños paraísos artificiales de las dos radios que fundó, y en el purgatorio de las enalidades económicas a las que estuvo sujeto el camino magisterial emprendido y mantenido con tan arriesgada tenacidad y sacrificio por amor a la cultura y al arte, hasta el final.

La historia que tejió con sus afanes de días y de noches dedicados a la comprensión de la música nicaragüense, no dejará que se borre su memoria entre nosotros, porque ésta se ha vuelto música también, que persiste y se difunde cada día más,

dentro de un proceso de desarrollo cultural nacional que, él mismo, primero imaginó, y luego impulsó, creándole nuevas realidades al país: el conocimiento y el goce de la música clásica de los máximos maestros compositores occidentales, y la investigación, el descubrimiento y la revelación de nuestra identidad cultural nicaragüense en el dibujo que traman los pasos de la danza folklórica y en el canto que nos afirma fuertemente.

La afición a la música aparece y crece en él gracias a la influencia de su padre, que en casa tenía una vitrolita de cuerda primero, y luego, también una pianola con música clásica europea. La fue oyendo y le fue gustando. Crecía en ese ámbito sonoro, guiado por la personalidad de su padre que, a la edad de 7 años se había ido a Europa, de donde había regresado cumpliendo los veinte. Desde entonces se había considerado un extranjero en su país, cobijando bajo la sombra de esa vocación de extranjería la incipiente educación musical de Salvador. Por ese entonces Don Julio Cardenal no le gustaban las guitarras ni marimbas y al pequeño se le dificultaba el conocimiento de la música tradicional nacional, aunque por esa época ya había logrado una impresión de atracción hacia la Gigantona en León y por El Atabal en Granada. Durante toda su vida recordó esos contactos primarios como a identidades benéficas que lo acompañaron identificando el carácter del camino



Salvador Cardenal Argüello

que había de conducirlo bajo el gran árbol armónico que está plantado en el centro del espíritu de la nación nicaragüense. Esos dos acercamientos iniciales a la tradición musical nacional fueron realmente decisivos. Marcaron para siempre no solo atracciones sino también direcciones y extensiones del fervoroso interés que habría de mover sus investigaciones durante los cincuenta años dedicados a la ardua labor de grabaciones, recolecciones y estudio y divulgación a las que se vio sometido en su vocación por descubrir y recorrer los caminos de las tradiciones musicales del pueblo.

Cuando estudiaba en el Colegio Centro América, del que salió bachiller en 1931 a los 18 años, el joven Salvador, educado por jesuitas mexicanos, aprende a conocer el folklore de ese país acompañándose con la guitarra (que luego abandonarían con nostalgias posteriores), y aprecia la música tradicional de Colombia, los tangos argentinos y el folklore norteamericano.

Entonces, dió en imaginar y en razonar que, si en México había una música tradicional exclusivamente de su cultura, en Nicaragua también la habría, entrando ya entonces de una manera reflexiva en el interés por el folklore nacional, aunque sin gran empeño todavía. Y no fue sino hasta haber cumplido los veinticinco años que comenzó a investigar con una cierta sistematicidad, independientemente de su formación musical aun insuficiente, como él aseguraba con una gran simplicidad.

A los 27 años lo encontramos de tesorero de la Cofradía del Taller San Lucas, que dirigida por el poeta Pablo Antonio Cuadra, a quien se habían unido artistas, poetas y aficionados, comienza a publicar en 1942 los inapreciables cuadernos, en cuyo primer número aparece reproducido el texto de la farsa bailable El Güegüense, puesta en evidencia por el historiador y poeta norteamericano Daniel G. Brinton, quien la adquirió a fines del siglo XIX, traduciéndola luego al inglés, anotándola, y reproduciendo una versión recogida por Carl Gherman Berendt en Masaya en 1874. La obra fue publicada en Norteamérica, en la Biblioteca de Literatura Aborigen Americana, por la Librería Brinton. La famosa edición de la Revista de la Asociación de Escritores y Artistas Católicos apareció en versión original trilingüe, seguida de la versión al inglés realizada por D.G. Brinton, suce-

PEQUEÑA...

Página 2

dida por la versión del inglés castellano, por el Doctor Emilio Álvarez Lejarza, con notas al texto de este mismo traductor. El poeta Pablo Antonio Cuadra, desde 1941 había logrado crear y mantener una sección de investigación y estudio del folclore en los Lunes de la Prensa de Managua. A la Cofradía se habían unido antiguos miembros de la Vanguardia y nuevos talentos jóvenes, como Francisco Pérez Estrada, (en 1948 en su libro Teatro Folklórico Nicaragüense, incluye una traducción suya del Güegüense, sobre una versión registrada en Catarina), Julio Ycaza Tigerino y Ernesto Mejía Sánchez, quién en 1946 publicaría en México (UNAM) **Romances y Corridos Nicaragüenses**. El joven caballero Salvador Cardenal Argüello, se encontró, como vemos, a formar parte de un movimiento de rescate de identidad cultural nacional nicaragüense que había comenzado en años anteriores a la declaración de independencia de la colonia española en 1821, actuando en el proceso libertario como un fermento poderoso.

En su *Panorama de la Literatura Nicaragüense*, el doctor Jorge Eduardo Arellano dice lo siguiente: “Presidida por el Doctor Carlos Cuadra Pasos y aconsejada por José Coronel Urtecho y Ángel Martínez -sacerdote, poeta jesuita y profesor del colegio Centro América- la cofradía tenía como tesorero a Salvador Cardenal Argüello -desde entonces aficionado a la recolección de la música popular- constituyendo el más sólido grupo intelectual del país. Con voluntad de artesanos, pues, sus miembros “rehacieron” a Nicaragua amorosa-

mente a través de la creación literaria y artística, de la historia y de la recopilación del folclore patrio, proyectándose hacia la herencia aborígen y la actualidad bibliográfica, las letras y el pensamiento modernos. De esta manera formaron con sus cinco Cuadernos del Taller San Lucas, editados entre 1942 y 1950, un archivo auténtico y perdurable de la cultura nicaragüense.